

Reseña

Cuatro riesgos de las universidades públicas mexicanas

*Jaime Ornelas Delgado*¹

Aportes, Revista de la Facultad de Economía, BUAP, Año XII, Número 36, Septiembre- Diciembre de 2007

Pablo Latapí.. “Cuatro riesgos de las universidades públicas mexicanas”, en *Cultura del Bien Pensar*, Red de Círculos de Estudio y Participación Ciudadana Luis Rivera Terrazas, número 10, Puebla, México, Verano, 2007.

La Universidad es una institución hecha para la disidencia.
Pablo Latapí.

I

Como reconocimiento a su trayectoria académica y a la investigación educativa de México, la Universidad Autónoma Metropolitana (UAM), el 22 de febrero de 2007, otorgó a Pablo Latapí el Doctorado Honoris Causa, distinción merecidísima para quien ha representado y sigue representando la mirada crítica de la universidad pública mexicana.

Como se sabe, los gobiernos neoliberales mexicanos no tienen la menor estima

por la educación pública y, mucho menos, por las universidades públicas que se han visto sometidas a muchas y muy diversas presiones para destruir su carácter de instituciones autónomas, laicas, gratuitas y universales, es decir, donde se analizan todas las corrientes del pensamiento sin prejuicio alguno y se investiga sin censura para acrecentar el conocimiento social, y entonces convertirlas en empresas mercantiles donde se comercializa con el conocimiento y la transmisión del saber, esto es, con el avieso propósito de hacerlas instituciones dedicadas, exclusivamente, a la capacitación y el adiestramiento de quienes han de administrar la economía y la política en favor de los intereses del capital.

Ante este panorama, la conferencia de Pablo Latapí, pronunciada al recibir el doctorado Honoris Causa, resulta verdaderamente provocadora y debería ser conocida, reflexionada y discutida no solamente por quienes desarrollan sus actividades profesionales de docencia, investigación y extensión en las universidades públicas del país, sino también por quienes se forman en ellas. Pocas cosas les harían mejor a todos ellos.

¹ Profesor investigador de la Facultad de Economía-BUAP.

Hacerlo es recomendable porque hoy, como nunca, está en riesgo el futuro de la universidad pública mexicana –amenazada por la incuria neoliberal y las acechanzas de la OCDE–, y al decir esto, soy consciente que se trata también del futuro de nuestra nación.

De entre las muchas preocupaciones que suscita el camino que las autoridades neoliberales le están imponiendo a las instituciones públicas de educación superior mexicanas, Pablo Latapí destaca cuatro riesgos inminentes que amenazan a las universidades públicas del país que son, sin duda, los ejes fundamentales sobre los que se puede iniciar el análisis de su situación, aunque no se incluyan por el momento otros aspectos como la necesidad de exigir al gobierno federal hacer de la educación superior una prioridad de primer orden, a la que se deberán otorgar de manera oportuna y suficiente los recursos necesarios para que pueda cumplir, sin someterse a los intereses del lucro y el mercado, sus funciones sustantivas.

Las cuatro preocupaciones sobre los riesgos presentes en las universidades públicas, sobre las cuales Pablo Latapí nos propone reflexionar en su inquietante conferencia, son las siguientes:

Primero, el ideal de excelencia, tan generalizado en las universidades públicas, concepto que Latapí considera perverso y aberrante.

Segundo, los equívocos que provoca la llamada “calidad educativa”, sugiriendo en todo caso que se enfatice la calidad semejándola a la interacción maestro–alumno y que se centre en arraigar en los estudiantes hábitos de autoexigencia que los han de acompañar a lo largo de su vida personal, social y profesional.

Tercero, el error al que induce el concepto de “sociedad del conocimiento”, que al no definir ¿cuál conocimiento?, ha permitido a los funcionarios universitarios y a los burócratas de la educación enfatizar, exclusivamente, el “conocimiento económico”, esto es, aquel que sólo resulta útil al proceso productivo, olvidando la formación humanista integral de los educandos, al tiempo que subordina la Universidad a los intereses mercantiles y del capital privado.

Cuarto, los riesgos en que se incurre cuando se pretende aprisionar la educación universitaria al “conocimiento racional”, al positivismo, al dato duro como explicación última de la realidad, soslayándose así la reflexión crítica y las otras dimensiones de la vida social y del ser humano, aquellas cosas que dan sentido al propio quehacer científico.

Estas preocupaciones expuestas por Latapí, forman parte de las preocupaciones que muchos universitarios han expresado y siguen expresando aunque, es preciso reconocerlo, son cada vez menos quienes hacen de la universidad pública una trinchera en la tarea de lograr la revolución de las conciencias. Y son cada vez menos porque el discurso oficial nos ha llenado, no sólo de mitos, prejuicios y miedos, sino porque el poder ha logrado construir también una especie de “sentido común” conservador, que ya no se pregunta nada trascendente pues se conforma con lo cotidiano, que no cuestiona nada pues vive en la comodidad de las apariencias y elude el pensamiento crítico, que como dice John Holloway busca la génesis de los fenómenos, es decir, que trasciende las apariencias y se plantea construir el futuro en el

presente, lo que de ninguna manera resulta cómodo al conformismo.

II

Tiene razón Pablo Latapí cuando considera que el ideal de *excelencia* que las autoridades educativas han impuesto a nuestras instituciones, es aberrante y dice por qué, pues considera que el propósito de ser excelente conlleva la trampa de una secreta arrogancia. Mejores sí podemos ser; perfectos no. Lo que una pedagogía sana debe procurar es incitarnos a desarrollar nuestros talentos, preocupándonos porque sirvan a los demás. Querer ser perfecto desemboca en el narcisismo y el egoísmo (p. 21).

La excelencia así pretendida, hace que la vida se convierta en una especie de carrera de ratas donde ganar se hace obsesivo sin importar, entonces, que sea a costa de los demás, de quienes nunca serán excelentes y apenas si existen como sombras para medir la excelencia de los otros. Se es excelente por que los demás no lo son, por qué si todos lo fueran no habría punto de referencia para la propia excelencia. El concepto así es excluyente y ofensivo.

La visión que sustenta la excelencia, pone al individuo por encima de la sociedad, elimina los lazos solidarios con los demás, en particular con los más débiles, acaba con la fraternidad e impide avanzar a todos con todos para encontrar una sociedad justa y equitativa.

III

También tiene razón Latapí, cuando rechaza el término de calidad, trasladado de los procesos de producción de mercancías al proceso educativo.

Pero si el concepto de calidad puede ser cuantificado en la producción, es difícil aplicarlo a la formación universitaria que se refiere a seres humanos y no a mercancías producidas en serie, a menos que se considere a las universidades públicas fábricas que producen “capital humano”. Propuesta nada desdeñable por las autoridades educativas de los gobiernos neoliberales.

Por eso, porque no es cuantificable, los tecnócratas no han podido encontrar una definición convincente de calidad educativa. ¿Cómo medir la educación si no admite expresiones de tipo cuantitativo?

Quienes trasladaron éste y otros conceptos de la fábrica a la universidad, decidieron medir la calidad educativa por la cuantía de conocimientos que se trasmite a los estudiantes, de ahí la importancia que adquieren los programas de estudio y su obsesivo cumplimiento. Pero la educación, dice Latapí, “no es sólo conocimiento”, sino formación integral.

Y hay algo más que le preocupa a Latapí, las comparaciones que las autoridades hacen entre escuelas e instituciones, pues “ignoran las diferencias entre contextos o las circunstancias de los estudiantes. A veces abismalmente distintas”.

Finalmente, en este aspecto de la “calidad educativa”, Latapí expresa una preocupación que muchos universitarios compartimos, el hecho de que las autoridades educativas han impulsado como fundamento del sistema nacional de educación, la similitud que se hace entre *calidad educativa* y el éxito en el mundo laboral, identificado éste por referencia a los valores del sistema.

Al respecto, nos dice Latapí (p.23) que

es una perversión inculcar a los estudiantes una filosofía del éxito en función de la cual deben aspirar al puesto más alto, al mejor salario y a la posesión de más cosas; es una equivocación pedagógica llevarlos a la competencia despiadada con sus compañeros porque deben ser “triunfadores”. Para que haya triunfadores –se pregunta Latapí– ¿no debe haber perdedores pisoteados por el ganador? ¿No somos todos necesariamente y muchas veces perdedores, que, al lado de otros perdedores, debemos compartir con ellos nuestras comunes limitaciones?

Críticas semejantes le merece a Latapí el concepto de líder que pregonan hoy los idearios de varias universidades públicas, entre otras la nuestra.

De acuerdo con Latapí, este es un concepto basado en la autocomplacencia, el egoísmo y un profundo desprecio a los demás, los que deben ser dirigidos por el líder. La educación, por el contrario, debe estimular en los educandos el afán de ser mejores pero junto a los demás, una educación solidaria siempre será superior la que pretende hacer distinciones entre los dirigentes–líderes y la masa dirigida.

De acuerdo con estas críticas a las propuestas dominantes, hoy, en nuestras universidades, Latapí propone una definición de calidad educativa, que retoma de José Ortega y Gasset:

Una educación de calidad es por tanto, la que forma un hábito razonable de autoexigencia [...] Creo por tanto, concluye Latapí, que buscar una educación de calidad ni es inventar cosas extravagantes (como llenar las aulas de equipos electrónicos o multiplicar teleconferencias con

Premios Nóbel), sino saber regresar a lo esencial (p. 25).

Se trata, entonces de reconocer que la educación en un proceso donde interactúan el educando y educador para lograr la formación humanista integral de ambos: el educando y el educador; pues “la educación es en esencia un proceso de interacción entre personas” (p.26).

Concluye Pablo Latapí su preocupación por la calidad con la siguiente reflexión, que ahora que está de moda la planeación estratégica debería estar inscrita como la visión de las universidades públicas:

Los educadores abordamos el problema de la calidad no desde teorías empresariales de la “calidad total” ni desde la preocupación por mejorar nuestra oferta comercial para triunfar en la competencia, sino desde las perspectivas existenciales más profundas [...] Nos esforzamos por que el estudiante llegue a ser él mismo, un poco mejor cada día, inculcándole un hábito razonable de autoexigencia que lo acompañe siempre (p.26).

IV

La tercera preocupación de Latapí, se refiere a la “sociedad del conocimiento” que se ha impuesto a las universidades públicas para guiar sus transformaciones ante la globalización. Aquí Latapí, pone de relieve la vaguedad del concepto ¿de qué conocimiento se trata?, se pregunta y reconoce que, para quienes la proponen, “se trata sobre todo del conocimiento necesario para conquistar mercados, o sea el conocimiento práctico, aplicado, el vínculo a la economía, el

que produce innovaciones rentables y asegura el éxito en la competencia” (p. 27).

Con esto se pervierte la esencia de la universidad, particularmente de la pública; se abandona la universalidad de los saberes humanos y se cae en la trampa de convertir a las universidades públicas en “fábricas de inventos prácticos”, lo que justifica su existencia en una sociedad donde la razón económica ha desplazado a la razón social, es decir, en una sociedad donde la competitividad y la productividad se han colocado en el centro de la vida social suplantando las preocupaciones por el bienestar de la población.

Esta especie de capitalismo académico, tiene en la investigación científica y la innovación tecnológica, su principal instrumento de vinculación con el mundo “real”; el de la producción y su administración; el mundo de los negocios.

Los promotores de esta propuesta señalan que el conocimiento se produce exclusivamente en un contexto de aplicación destinado a cubrir las necesidades de las empresas, las únicas dispuestas a pagar por él. Al respecto, cabe recordar lo que el Premio Nacional de Ciencias, Alejandro Aragón Cano, define como la política de desarrollo científico seguida en México:

En el gobierno foxista –dice Aragón–, se ha calificado igual una investigación científica en el sentido más estricto que otra que de ninguna manera lo es, como por ejemplo hacer un trabajo de mercadotecnia para saber si la defensa de un coche es mejor de tal o cual forma. Con ello, añade, muchas empresas transnacionales se han beneficiado con los estímulos o programas otorgados por el gobierno federal, al tiempo que se descuidaron los apoyos a la

ciencia básica. A esto, enfatiza, yo lo llamaría un apoyo tecnócrata desaprovechado” (*La Jornada de enmedio*, suplemento científico-cultural de *La Jornada*, 3 de noviembre de 2005: 2a).

Con el mismo criterio mercantil se diseñan incluso las profesiones, su evaluación se hace considerando, exclusivamente, la demanda de un mercado laboral determinado por las compañías privadas nacionales y extranjeras; de la misma manera, el desarrollo de los mecanismos para la comercialización de los conocimientos aplicados se ha convertido en una parte fundamental de las actividades que realizan empeñosamente las universidades, sus funcionarios, e incluso, sus académicos, para elevar los ingresos que permitan reproducir el esquema de mercantilización.

Esta situación ha hecho que en los nuevos circuitos de conocimiento, crezca la influencia de los empresarios en la definición y dirección de los comités calificadoros de iniciativas y proyectos de investigación.

Además, los funcionarios gubernamentales que participan en esas evaluaciones lo hacen como si fueran representantes del capital, pues tienen siempre presentes los intereses de la empresa –que identifican con los del gobierno y la sociedad–, más que los de la investigación misma, de los investigadores y de la población trabajadora.

Ahora, en los organismos responsables de conducir la política de investigación se fortalece la tendencia a creer que la investigación y el trabajo académico no sean juzgados sólo por sus pares, sino también por los hombres de empresa considerados parte esencial en la validación de sus resultados.

En todo caso, un ambiente mercantil empieza a caracterizar a la universidad pública donde ahora se considera a los estudiantes consumidores cautivos del uso de estacionamientos, servicios de fotocopiado, computadoras, proyectores y muchos instrumentos más necesarios para desarrollar sus actividades académicas, por los que deben pagar una precio de alquiler si los quieren utilizar; asimismo, se redefinen programas como los de arte que convierten en cursos para el diseño de productos y páginas Web, o con el argumento de que no tienen demanda en el mercado laboral cerrar carreras como Filosofía o Historia.

Así, las razones del mercado se convierten en las determinantes de las carreras que se imparten o se dejan de impartir, de la investigación que se hace o se deja de hacer en las universidades públicas.

Ante esta situación, Latapí nos recuerda que: “La Universidad es algo más: no es un apéndice de la empresa, sino una institución responsable de generar, proteger y difundir todos los tipos de conocimiento que requiere el país, también los aparentemente improductivos.” (p.28).

V

Finalmente, Pablo Latapí expresa una cuarta preocupación por el equívoco que provoca el mantener a las universidades en lo que llama la “prisión del conocimiento racional.”

Por supuesto, no rechaza el sustento que le da a la vida universitaria –a la docencia y a la investigación– el enseñar a pensar y el hacer ciencia, la discusión de las epistemologías y la destrucción de los prejuicios irracionales. La formación pro-

fesional y el quehacer universitario descansan en el conocimiento racional cuya legitimidad descansa en el respeto a las reglas del método científico. Sin embargo, deja clara su propuesta de abrirse a dimensiones humanas, que considera esenciales como el mundo simbólico y artístico, el ámbito de lo dionisiaco, el orden de la ética que fundamenta la dignidad de nuestra especie, y el de las virtudes humanas fundamentales sobre el respeto a los demás y a la vida. Me horroriza –exclama Latapí– una educación que excluya la compasión, que renuncie a la búsqueda de significados o que cierre las puertas a las posibilidades de la trascendencia.

Se trata de dar un sentido humanista a las actividades universitarias, a la investigación y a la formación de los jóvenes, a las tareas de extensión, al “conocimiento cultural” que busca significados. No sólo las computadoras son esenciales en la construcción del conocimiento y en su transmisión, lo es también la cultura que da sentido a nuestra vida personal, social y profesional.

Ahora, cuando el acento educativo se encuentra, exclusivamente, en la libertad individual, en el logro económico personal y en la lucha por uno mismo, por ser más rico que los demás, por tener más cosas que los otros, que deja de tener sentido la justicia social y el ser universitario para contribuir al desarrollo de la sociedad, conocer el texto de Pablo Latapí es como bocanada de aire fresco en el verano.

Leerlo nos permite reafirmar la convicción de que no podemos convertir la vida en una obsesiva competencia, en un perpetuo intento de escalar socialmente a costa de todo y de todos, y lo que es peor, sin

saber por qué o para qué como no sea para tener un respetable *status* de consumidor. Lo cual es, por decir lo menos, lamentable si permitimos que a eso se reduzca la formación que se ofrece a los jóvenes en las universidades públicas.

Ciertamente, una posición cómoda ante la avalancha modernizadora y tecnocrática prevaeciente sería adaptarse a los nuevos tiempos y soslayar el proceso que conduce a la desaparición de esencia universitaria y convierte a las universidades públicas en elitistas remansos de paz, donde sólo se

forman los estudiantes provenientes de aquellos sectores sociales de más altos ingresos; lo que significaría, por un lado, desnaturalizar la misión de la Universidad y, por el otro, condenar a la mayor parte de los jóvenes del país a sobrevivir en un mundo donde se les exige mayor preparación conculcándoles el derecho a obtenerla. Esto, en todo caso, sería dejar libre el paso a la universidad–empresa y, finalmente, aceptar la imposición de la ética del *mercachifle* en el funcionamiento de las universidades públicas.